

Los Ejércitos de Evelio Rosero,
obra de concienciación y tributo a
las víctimas de la guerra frente a un
proceso de paz

Jorge Armando Becerra Calero²⁵

Universidade do Estado de Mato Grosso - UNEMAT

Resumen

Los ejércitos, de Evelio Rosero, expone la situación de miles de colombianos, quienes, por más de 50 años han tenido que soportar los horrores de una guerra política, que lejos de circunscribirse en un contexto específico, abarcó otras esferas de la vida nacional, incluyendo a civiles, que terminaron siendo vasallos, víctimas de un conflicto desmesurado y desalmado. A través de la vida de Ismael y Otilia, dentro del figurado pero muy real pueblo de San José, Evelio Rosero nos invita a presenciar esta guerra. Una utopía, vivir en paz, recrea las esperanzas irrealizables de estos dos jubilados, quienes, junto a sus vecinos y amigos, en medio de los ires y venires diarios, sufren las consecuencias de los enfrentamientos. Estas situaciones, muy bien representadas en cada una de las escenas que se tejen en la novela, son prueba fehaciente de una necesidad de recordar y honrar a todos aquellos que fueron, tanto en la novela como en la vida real. A través de un levantamiento de la historia reciente de Colombia, conjugado con algunas escenas de la novela, convido al lector a pensar en una cuestión que divide políticamente a un país: los acuerdos de paz con los grupos armados.

Palabras clave

Colombia. *Los ejércitos*. Otilia e Ismael. San José. Violencia.

Introducción

²⁵ Doutorando em linguística na Universidade do Estado de Mato Grosso - UNEMAT. Possui dois mestrados, um em Literatura Espanhola e Hispano-americana pela Universitat de Barcelona - UB na Espanha, e outro em Letras pela Universidade Estadual de Mato Grosso do Sul - UEMS.

Decir que Rosero es un escritor representativo de la narrativa colombiana sin duda lleva a relacionarlo con su compatriota Gabriel García Márquez. El reconocido “boom” de la literatura latinoamericana, del que fue parte Gabo, se caracterizó por el uso del realismo como un motor de producción de verdades vistas a través de la literatura. Sin duda alguna, tuvo precedentes que dejaron huella en la forma de narrar en el continente. Es imperioso reconocer todo lo producido en América antes de la segunda mitad del siglo XX; obras de José Mármol, Jorge Isaacs, José Eustaquio Rivera, Clorinda Mato de Turner, entre otros, que de acuerdo con Herra (1989, p. 5) formaron un “sistema narrativo, [en el que] se produjeron sucesivamente, las novelas románticas, realista-costumbristas, criollistas, naturalistas, mundonovistas, las de la Revolución Mexicana, las del ciclo de la caña en Brasil, las conocidas novelas de la tierra, y el traído y llevado indigenismo”. Por lo tanto, la literatura hispanoamericana ya delineaba géneros y unos tópicos que dieron luz a obras reconocidas como *María*, *Aves sin nido*, *La Vorágine*, por citar solo algunas. Consecuentemente, podría pensarse *a fortiori* en una cadena literaria que cada vez más buscaba la originalidad en las obras escritas y que se fueron puliendo a la par de acontecimientos regionales, llegando a convertirse a mediados del siglo XX en el llamado realismo mágico –donde se da una alteración insólita de la realidad– sin llegar a ser esta la única vertiente del “boom”.

En los años sesenta se organiza un esquema de escritura novelístico. Las circunstancias adyacentes fueron decisivas para el nacimiento de obras que han estado en boca de la crítica literaria. No es desconocida la influencia de Cuba en los demás países latinoamericanos, las manifestaciones de izquierda por medio de la música y el arte, la fuerte presencia de los Estados Unidos en la política militar y social de sus vecinos, entre otros aspectos. Este constante movimiento político y social fue el motor que impulsó una nueva manifestación literaria, que dejó a un lado las esperas de amores imposibles y las constantes idealizaciones de futuros mejores. Era momento de reflejar una realidad latente en su contexto; una realidad a menudo pesimista.

A principios del siglo XX, en México se empieza a escribir en torno al protagonismo de la violencia. Por ejemplo, *Los de debajo* (1915) de Mariano Azuela, obra revolucionaria, marca la pauta para novelas posteriores como *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes; y *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo. En Colombia, destaca *Viento seco* (1953) de Daniel Caicedo; *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) de García Márquez; y *Cóndores no entierran todos los días* (1972) de Gustavo Álvarez Gardeazábal; novelas que se enmarcan en el contexto de la Guerra Fría y la revolución, en la lucha entre grupos políticos polarizados. En Venezuela, *La muerte de Honorio* (1963) y *Cuando quiero*

llorar no lloro (1970) de Miguel Otero Silva; y *País portátil* (1968) de Adriano González León, plasman las condiciones de violencia presentes en las diferentes clases sociales que derivan de acontecimientos causados por la dictadura.

En Colombia, la novela de la violencia de finales del siglo XX está representada, por ejemplo, por la reconocida y desgarradora *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo. En esta obra, como subraya Rosas-Crespo (2003), los problemas de carácter social se vinculan a la explosión demográfica, la masificación y la violencia. No obstante, la intención no radica únicamente en darle voz a “los desvalidos o a los vencidos”. Más bien, por medio de personajes “marginados y marginales”, de su voz y actitudes, se busca reflexionar sobre los problemas que padece Medellín (en este caso, y de alguna manera, una síntesis de las ciudades latinoamericanas). Dichos problemas radican en la no equitativa distribución de los bienes materiales y culturales. Es decir, “se trata de una sociedad en la que no se le brindan las mismas oportunidades a todos, especialmente a los jóvenes menos favorecidos económicamente” (Ibídem, par. 11). La transgresión, en esta obra de Vallejo, se da a varios niveles, desde el empleo de una oralidad de la marginalidad hasta la historia de amor entre el protagonista y el joven sicario.

En síntesis, las propuestas de la novela de violencia en Colombia son un escáner de las realidades vividas en los estratos más bajos de la sociedad, ligados a la pobreza, a aquellos que se circunscriben al contexto del narcotráfico y, a los que sirven de reflejo de las situaciones de orden social.

Los ejércitos, su papel en la novela de violencia

Este embrión de lo que es la novela de la violencia en nuestros días, guarda cierta distancia con la narrativa de Evelio Rosero en *Los ejércitos* (2007). Empero, se logra definir una secuencia que emancipa un principio fundamental de los escritores: la revelación explícita de sucesos ocultos por la historia oficial, la re-contextualización de verdades opacadas por las élites, esta vez, en manos de personajes ficticios que denuncian las atrocidades cometidas durante décadas. Guardando esta secuencia, Rosero da un paso adelante en lo que al uso literario de las circunstancias locales se refiere. Vallejo (2011, p. 5) propone que esta novela “emerge como un espacio de intersección en el cual la violencia vivida en Colombia desde el ‘bogotazo’ (1948) –evento que marca el inicio de ese periodo histórico conocido como la ‘guerra chica’–, adquiere nuevas dimensiones históricas cuando se la lee a través del prisma del erotismo”. De esta forma, como prosigue Vallejo (2011, p. 12):

...esta generación [la de Rosero a finales del siglo XX] busca con dicho distanciamiento entregar a su obra un sentido transgresor tanto en lo interno de la vida literaria de su país como en lo que respecta al público extranjero. Además del reclamo de autonomía que se realiza respecto a todos los movimientos estéticos anteriores a los años 50 y 60 del siglo pasado.

En el exterior, estas obras adquieren mayor reconocimiento que en el propio país. La razón posiblemente estriba en el rechazo de la oficialidad y de la élite a desenmascarar acontecimientos que preferirían que se quedaran guardados. Williams (1991, p. 72 *apud* VALLEJO, 2011, p. 12) considera que la “novela de la violencia” ha sufrido impedimentos en su divulgación por parte de instituciones sociales debido a que “no se trata del tipo de literatura que la oligarquía desearía reconocer y difundir.” Su contenido denunciante y artístico permite al lector reconocer causas de acontecimientos conocidos, pero debido a la manipulación de la noticia y de la historia por los medios de comunicación y la oficialidad, aspectos claves e importantes pasan desapercibidos al público en general. Ismael, el protagonista de *Los ejércitos*, denota aquella indolencia y desgano de la prensa al ser entrevistado por una periodista en medio de la guerra:

El camarógrafo dispone su cámara [...] “Sólo dos preguntas, profesor” sigue diciendo ella. Ella y su camarógrafo se me antojan de otro mundo, ¿de qué mundo vienen?, se sonríen con rara indiferencia, [...] quieren acabar pronto, se nota en sus ademanes, ella vuelve a decirme algo, que ya no escucho, no quiero escuchar, hago un esfuerzo por entenderla, está simplemente cumpliendo con su trabajo [...] Ella ha entreabierto la boca, y me mira sin creerlo, pareciera que va a reír. No. Algo como la indignación la alienta... (ROSERO, 2014, p. 119-120)

En definitiva, el aporte de *Los ejércitos* a la narrativa de la violencia ha sido la oxigenación en la forma de exponer los hechos. Su narrativa se basa en la recreación de la historia, de la vida contemporánea colombiana, rescatando las vivencias cotidianas de cientos de personas que tienen que vivir con el flagelo de la guerra a su lado. Vallejo (2011, p. 13) nos resume lo que esta historia representa:

[...] *Los ejércitos*, presenta esa nueva forma de lectura sobre la cruenta realidad que ha sido y seguirá siendo Colombia bajo el régimen de la violencia. Su especificidad estriba en que su propuesta contiene una serie de elementos como la memoria, el erotismo, la ironía, el horror, ambientados en el lujurioso y agresivo paisaje de selva colombiana. Rosero no nos entrega ya el *locus amoenus* habitado por el buen salvaje, sino el agreste territorio selvático convertido en escenario donde el hombre moderno desencadena todo tipo de agresividad y destrucción.

Las situaciones retratadas en *Los ejércitos* son del conocimiento de la sociedad colombiana. La avalancha de información presentada en los medios de comunicación permite a cualquier colombiano conocer la violencia que ha inundado al país por más de medio siglo. Evelio José Rosero Diago, comunicador social y periodista, no sólo pertenece a esa

generación bien informada, sino que ha sido transmisor de la misma por medio de sus publicaciones, como periodista y novelista.

Escritor joven, nacido en 1958 en la capital colombiana, destacó desde temprano por su pasión por las letras. Esta pasión lo ha encaminado hacia una carrera exitosa como escritor. Sus obras sobresalen por la puesta en escena de historias con un alto contenido de violencia, además de eróticas, consagradas a la realidad de la sociedad colombiana. Vallejo (2011, p. 6) hace un breve relato de su vida y obra en el que se subrayan aspectos tales como “su relación con los temas del desarraigo y la marginalidad”, ya presentes en su libro *Ausentes* (1979). Este inicio permite que se establezca una línea en la que destaca un “crudo realismo en su narrativa posterior”. Nos menciona (Ibídem, p. 6):

El año 1982 es particularmente fructífero para Rosero, pues con *El trompetista sin zapatos y otros cuentos para poco antes de dormir* gana en México el premio Netzahualcóyotl. La edición definitiva de esos relatos ha sido agrupada bajo el título *Cuento para matar a un perro y otros cuentos* y que, publicada en 1989, comienza a hacer evidente su inclinación por el tema del erotismo.

Con los años, será cada vez más contundente la familiaridad de Rosero con la violencia y el erotismo en su narrativa. En 1987 publica la novela *Juliana los mira*; en 1988, *El incendiado*; y cuatro años más tarde, en 1992, *Señor que no conoce la luna*. En ellas, la degradación de la sociedad y el erotismo van de la mano por medio de monólogos sumidos en la lejanía de la realidad, percibida a través de miedos y desacatamientos de patrones que no son compatibles con las vidas de los protagonistas.

En los últimos años Rosero se ha centrado en narrar los miedos generados en los ciudadanos a raíz de la interminable guerra interna. *Muertes de fiesta* (1995), *El lejero* (2003) y *Los ejércitos* (2007), circunscriben el curso de las historias a sucesos que evidencian los graves problemas de orden social en el país, matizándolos con el erotismo trabajado en obras pasadas. Todas estas obras marcan el debilitamiento del protagonista afectado por los acontecimientos locales. “Todas ellas muestran nexos claros con la historia reciente de Colombia” (VALLEJO, 2011, p. 9). Sin embargo, *Los ejércitos* es su novela cúspide porque logra conjugar “con claridad los tres ejes que dominan toda la obra de Rosero: erotismo, memoria y violencia” (Ibídem, p. 11).

La Colombia del siglo XX

En *Historia de Colombia. Introducción a la historia social y económica* (1987), Peña y Mora examinan los procesos que tuvieron lugar en Colombia y que culminaron en el

desgarrador clima de violencia que ha predominado en el país a partir de la segunda mitad del siglo XX. Repasemos brevemente los antecedentes.

Durante la primera mitad del siglo XX, Colombia es un país mono exportador y su principal producto es el café. La venta en el exterior de este producto consolida la integración del país en el mercado internacional, expansión que ya había iniciado en la segunda mitad del siglo XIX.

El café trae prosperidad económica a ciertos sectores y zonas geográficas, pero en realidad el alcance es limitado. Hay poco desarrollo interno, falta de industrialización y, por ende, de productos industriales, entre otras cosas. Esta situación atrae a compañías extranjeras que se interesan en invertir, lo que trajo afluencia de capitales para la construcción de ferrocarriles, la explotación de recursos naturales y, en cierta medida, de la agricultura. Sin embargo, el país, su población en general, no obtiene ganancias; estas son, más que todo, para las concesiones extranjeras.

Esta explotación de recursos naturales y de construcción de ferrocarriles, sin aportes económicos para el desarrollo local, incrementa la deuda externa. Posteriormente, a la situación económica, se le añade la pérdida del Canal de Panamá. Estos sucesos tienen lugar en un marco político específico: el de la hegemonía conservadora que se instala en los primeros treinta años del siglo XX.

Se generan entonces conflictos sociales en el campo y en las ciudades. Surgen dificultades internas cuando estallan los movimientos indigenistas en Cauca y Tolima, los cuales intentan frenar la expansión de las haciendas así como el despojo de tierras a campesinos e indígenas por parte de los grandes terratenientes. A la agitación en los campos, se suman las revueltas sociales en las ciudades debido al surgimiento de grupos de obreros urbanos organizados que defienden sus derechos y el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Esto sucede alrededor de los años veinte y, posteriormente, frente al dominio histórico de los conservadores y los liberales, nace el Partido Comunista colombiano hacia los años treinta. En esa misma década, se establece el gobierno del Partido Liberal y se sobreviene la gran depresión económica. A grandes pasos, hacia 1946, se manifiesta la crisis de la república liberal a la que se le antepone el movimiento popular de Jorge Eliecer Gaitán – candidato a la presidencia por el Partido Liberal –, que promueve cambios encaminados a conformar una sociedad más justa donde la riqueza esté mejor distribuida. El asesinato de Gaitán en 1948 condujo a “El Bogotazo”, una violenta reacción popular que se extendió a las principales ciudades del país.

El llamado periodo de “La Violencia”, como conflicto socioeconómico y político, se nutre y crece significativamente entre 1948 y 1960 y deja un saldo aproximado de 300.000 muertos. Se caracteriza por enfrentamientos violentos entre fuerzas del gobierno, en especial la policía, y los grupos armados pertenecientes al Partido Liberal. Son comunes las acciones de las cuadrillas de campesinos armados, financiados por jefes políticos de uno y otro partido.

A partir de 1950 en algunas regiones sur del Tolima y Cundinamarca, campesinos comienzan a concentrarse en las llamadas zonas de autodefensa bajo la dirección de líderes comunistas, convirtiéndolas en zonas completamente independientes del gobierno nacional. Se suman las guerrillas del llano cuyo objetivo es favorecer a los campesinos sin tierra.

A esta crisis social, se suma un golpe de estado y la instalación de una dictadura militar encabezada por el General Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), periodo en el que muchos grupos guerrilleros entregaron las armas después de la Ley de Amnistía proclamada por Rojas. Sin embargo, hacia 1955 la violencia reaparece con grupos armados dirigidos por el Partido Comunista, resurgiendo con fuerza aunque operando en un espacio geográfico menor.

Para derrocar la dictadura militar y restablecer el sistema democrático, los partidos políticos tradicionales acuerdan formar el Frente Nacional, un pacto para gobernar el país de manera conjunta entre los dos partidos, el Conservador y el Liberal. Se mantiene vigente hasta 1974. A partir de ese año quedan abiertas las elecciones a otros partidos políticos.

Sin embargo, se mantiene el clima de confrontación entre las diversas fuerzas – gobierno y guerrillas–, incorporándose agravantes como el narcoterrorismo y el paramilitarismo, develados abiertamente a finales del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Los ejércitos: radiografía de la Colombia violenta

El contexto sociopolítico de la novela *Los ejércitos* representa la realidad de la sociedad colombiana que, permeada por más de dos siglos de violencia histórica –recordemos las guerras de siglo XIX mencionadas en el capítulo anterior–, es en la actualidad un escenario en el que convergen diversas tendencias e ideologías políticas, acentuando el llamado conflicto interno armado.

En efecto, el marco sociopolítico colombiano, en la línea de tiempo que va desde inicios del siglo XIX a inicios de siglo XXI, evidencia el desarrollo de acontecimientos en los que la inequidad, la injusticia social, la vulneración de los derechos humanos y la pobreza,

infringidos con la complicidad y amparo de los gobiernos, en décadas de arraigo, fundaron un estado violento.

El espacio en que se desarrolla la novela es el prototipo de municipio, cuyas descripciones aluden a lugares del suroccidente colombiano, zona en la que permanentemente se ha manifestado la guerra entre grupos en conflicto, tal como lo contextualizan Peña y Mora. Desde comienzos del siglo XX, posterior a la guerra civil de 1902, tienen lugar allí los enfrentamientos entre grupos indígenas y militares; hoy en día, si bien la violencia es la misma, los actores que traban los conflictos son otros: “narcoterroristas, guerrilleros, fuerzas estatales y paraestatales”, como lo expone Vallejo (2011, p. 16).

Rosero (2014) representa en su novela un municipio rodeado de montañas altas y azules que contrastan con un acantilado, de clima muy cálido; escenario y territorio en disputa de poderíos, donde los habitantes se muestran indefensos frente a todas las fuerzas que los oprimen, durezas que los sobrepasan en modo violento y humillante. San José –nombre ficticio– goza de una situación geográfica estratégica, apta para el desmán intermediario de los narcotraficantes, escondrijo de los guerrilleros, lugar de disputas entre militares y paramilitares, zona extensa de cultivo de coca. Se expande así la desventura de sus habitantes.

Lora Garcés (2011, p. 197) reafirma el argumento del conflicto interno armado como principal característica sociopolítica de Colombia, al exponer que:

la actuación de figuras representativas, como las autodefensas y el paramilitarismo, han hecho su aparición, mediante fuertes conexiones con el aparato estatal, para combatir la insurgencia de los movimientos guerrilleros e incrementar la seguridad rural en las zonas donde han operado; [y agrega que] los diferentes actores de la lucha armada en Colombia, han conducido sus movimientos al extremo de la degradación, al convertirse en verdaderos terroristas, que han cometido toda clase de violaciones a los Derechos Humanos y al Derecho Internacional Humanitario.

Si bien pudiera atribuirse esta descripción a muchos pueblos en conflicto dentro del territorio latinoamericano, Rosero (2014) utiliza detalles que ubican al lector en Colombia. Estos referentes geográficos, las alusiones a Bogotá (p. 25; 122; 124; 133; 158), al Quindío (p. 67), Neiva (p. 88), Popayán (p. 101; 135), Buga (p. 122), Manizales (p. 124), le permiten al lector entender que “San José –aunque ficticio–” se ubica en Colombia y que se circunscribe en un perímetro en el que el Valle del Cauca queda justamente en el centro.

Dicho conflicto lo expone Rosero (2014) en *Los ejércitos* en varios apartados de la novela. Uno de ellos alude a un domingo en la mañana en que Ismael observa a las personas pasar, añorando encontrar el rostro de Otilia –su esposa desaparecida– entre ellas, cuando escucha, en un costado de la plaza, voces de hombres que discuten, además de la del profesor Lesmes que se dirige a la multitud por medio de un altavoz:

...propone desalojar el municipio para que los militares y la guerrilla encuentren vacío el escenario de la guerra, replican las voces a gritos, a murmullos. Unos piensan que deben tomarse la carretera como protesta hasta que el gobierno aparte a la policía de San José – por lo menos que retiren las trincheras del casco urbano, y que cesen los asaltos a la población. (Ibídem, p. 105)

Recrea el autor situaciones cotidianas que encaminan a los habitantes a la búsqueda de soluciones, a expensas de acontecimientos violentos y del recrudecimiento de la guerra. En esta ocasión el pueblo se organiza para hacer propuestas cuando aún persiste la voluntad y el compromiso de quedarse en San José e intentar cambiar el panorama. La propuesta de desalojo es rechazada por el alcalde y pide al gobierno nacional que inicie un dialogo con los alzados en armas: “Tenemos que solucionar este problema de raíz, ayer fue en Apartadó, en Toribio, ahora en San José, y mañana en cualquier pueblo. No podemos abandonarlo, aquí la gente tiene lo poco que ha conseguido con esfuerzo y no lo vamos a dejar tirado, el desalojo no es la salida” (Ibídem, p. 106).

En el relato, otra manifestación de la guerra se refiere al capitán Berrio que ha sido separado temporalmente del cargo y sobre quien se hará una investigación. La opinión de un personaje del pueblo representa la mofa de los habitantes habituados al maltrato y a la injusticia, comunes en ese entorno de conflicto: “Le harán consejo de guerra, y terminará de coronel en otro pueblo, como premio por disparar a los civiles” (Ibídem, p. 107).

Otras situaciones adicionales que Rosero relata se relacionan con el uso de artefactos de guerra. Cuando Ismael deambula por el pueblo, las personas le advierten que en los alrededores de San José se han sembrado minas, por lo que será imposible salir sin el riesgo de volar por los aires: “todas las orillas de San José las han plantado de quiebrapatras de la noche a la mañana [...], son tarros de lata, cantinas de leche llenas de metralla y excremento para corromper la sangre del afectado...” (Ibídem, p. 107). Ya han sido suficientemente divulgados, a través de los medios internacionales de comunicación, las cifras y lista de países más afectados por este azote del terrorismo, entre los que se encuentra Colombia.

Atónito escucha Ismael el caso de una joven de quince años que pisó una mina y perdió el ojo y el oído izquierdos. El pueblo está cercado, encerrado, los habitantes no se pueden ir, aunque tampoco se quieren ir. Las manifestaciones de guerra y el abandono estatal explícito en el contexto de la narración hacen referencia a los asesinatos sin control. Ismael quiere ir al hospital, otro punto de búsqueda de Otilia, pero prefiere ir a llorarla a su casa, con sus gatos, al enterarse de que en el hospital han matado a los heridos y al médico Orduz.

Mientras tanto, llena el ambiente el ruido ocasionado por el sobrevuelo de un helicóptero; luego de dos helicópteros.

Las realidades que acaecen y se despliegan sobre los diversos habitantes del pueblo, son transmitidas por el observador, quien ya perdido en otras dimensiones de tiempo y espacio, en su demencia, deambula por las calles buscando a “Otilia desaparecida”. La historia, entonces, está vinculada a un escenario en el que cada acontecimiento se vive con miedo, estupefacción, tristeza y dolor, sentidos directamente en el tiempo presente. En esta posición privilegiada de observación, se evidencia la confusión general, porque los habitantes, que son quienes la viven, desconocen en sí mismas las causas de su situación, desconocen las circunstancias reales de su situación, y es a partir de decisiones de acción, inmediatas a veces, tardías en otras, que se accede gradualmente a ellas; se comprenden para configurar la globalidad de los hechos, pero cuando ya son inevitables.

Estos hechos son, entre otras cosas, figuras y herramientas del conflicto, efluvio de desgracias: la corrupción estatal representada en las concesiones otorgadas a Marcos Saldarriaga, hombre en apariencia poderoso que hábilmente establece vínculos con todos los grupos irregulares, lo que le proporciona a su vez exorbitantes sumas de dinero con las que colabora en actividades humanitarias del padre Albornoz; entrega millones al alcalde para obras de beneficencia (desviadas luego a su favor personal) y al General Palacios para la protección de animales; provisiona de ropa y comida a los soldados de la guarnición; y, quieran o no, empieza a comprar tierras a los campesinos, so pena de desapariciones si se niegan a aceptar.

Además, masacres, como la cometida en San José al inicio del relato, en la iglesia del pueblo, una mañana de jueves santo, cuando la mayoría de los habitantes se encontraba en misa; secuestros, como el de Marcos Saldarriaga que, a pesar de su falso poderío, terminó secuestrado y asesinado. El Brasilerero, esposo de Geraldina, y sus dos hijos, que son sometidos finalmente, a pesar de que por ellos se había pagado parte del rescate. Carmenza, la esposa embarazada de Chepe, a quien le cortaron un dedo de la mano, y a su hijita recién nacida, como represalia por no pagar un ambicioso rescate; desapariciones y, entre las incontables que hay en San José, la más inexplicable es la de Otilia, esposa de Ismael, historia que imprime el marco principal del argumento de la novela, pues representa la gran incertidumbre que rodea a este tipo de situaciones; y asesinatos como los del maestro Claudino, Fanny la portera de la escuela, Sultana García, la madre de Cristina, Adelaida, la esposa de Mauricio Rey, que fue asesinada a punta de garrotazos en la cabeza por estar teniendo éxito como candidata a la alcaldía municipal, y su hijita de 13 años de edad a quien dispararon: “Uno de los detenidos

dos semanas más tarde, aceptó ser miembro de las autodefensas de la región... [...] dijo que sus jefes se reunieron en tres oportunidades para planear el crimen porque públicamente se negó a tener acercamientos con paramilitares de la zona” (Ibídem, p. 130).

Cada acontecimiento es un motivo para pensar y temer la muerte, anticipada en el constante abuso físico, verbal y psicológico por parte de las fuerzas, a la vez, contradictorias y enfrentadas, que humillan, marginan y siembran la desesperanza y la miseria en la vida de las personas. Los habitantes de San José terminan desafiando la muerte y afrontando un destino de desplazamiento al que se han visto obligados, víctimas invisibles al Estado en una guerra sin Dios ni Ley.

La novela termina con la inexorable y definitiva desaparición de Otilia, la muerte de Geraldina y la posterior violación colectiva de su cadáver, y la verticalidad y el valor con que Ismael afronta su destino final.

Consideraciones finales

El contexto sociopolítico descrito en diferentes situaciones a lo largo de la novela, no es ajeno de manera alguna a la realidad que ha vivido la sociedad colombiana en más de doscientos años, aunque recrudescida en las décadas de finales del siglo XX e inicios del XXI. De hecho, ha sido la realidad viva y la inexorable verdad lo que Rosero ha recreado.

Sin duda, las producciones previas a la obra de Rosero, y escritas a lo largo y ancho del contexto hispanoamericano, han ejercido una influencia fuerte en la forma en que la historia se escribe y se conserva para generaciones posteriores. La lectura y reproducción de las obras permite visitar acontecimientos que intervinieron, en algunos casos, en decisiones políticas y sociales que pueden o no tener consecuencias directas en el presente. Por ello, sea cual sea la influencia que hayan tenido, las personas envueltas en las historias, sean ficticias o no, merecen ser recordadas, ya sea como forma de reproducir la historia, como por su papel en un determinado acontecimiento. En este sentido, *Los ejércitos* no es la excepción.

En síntesis, no hay que ir más allá de lo que se sabe y se vive para expresar lo que el flagelo de la guerra produce en cada uno, produce en la sociedad en general, y produce en las decisiones políticas de un país. Las circunstancias que por más de medio siglo han afectado una región, dejan consigo una huella imborrable en todos aquellos que han tenido que soportar las noticias amargas por mucho tiempo. En vísperas de un nuevo comienzo, y más allá de ser parte de un objeto de análisis literario, y lejos de exponerlas como sucesos dignos de divulgación, la obra de Rosero, es un instrumento de concienciación para rendir

tributo a las víctimas, en nuestra opinión, los actores más importantes en los actuales diálogos y las gestiones para la firma del proceso de paz.

Referencias

HERRA-MONGE, M. **El “boom” de la literatura latinoamericana: causas, contextos y consecuencias.** San Ramón: Taller de publicaciones de la sede de Occidente, Universidad de Costa Rica, 1989.

LAROSA, M; MEJÍA, G. **Historia concisa de Colombia (1810-2013).** Bogotá: Editorial de la Pontificia Universidad Javeriana, 2014.

LORA-GARCÉS, M. **La representación de violencia política, en tres novelas colombianas de la segunda mitad del siglo XX.** 2011. Tese (Doutorado) – Universidad del Valle, Cali, 2011.

MARÍN, P. La novelística de Evelio Rosero Diago: los abusos de la memoria. **Cuadernos de Aleph** – Revista, n. 3, p. 136-160, 2011.

MAYA, C. Literatura y sociedad. *Los ejércitos* de Evelio Rosero y la narración de la violencia en Colombia. **Lingüística y literatura** – Revista, n. 61, p. 233-240, 2012.

PADILLA, I., *Los ejércitos*: Novela del miedo, la incertidumbre y la desesperanza. **Revista Literatura: teoría, historia, crítica**, v.14, n.1, 2012.

PEÑA, M.; MORA, C. **Historia de Colombia. Introducción a la historia social y económica.** Bogotá: Editorial Norma, 1987.

ROSAS-CRESPO, E. *La virgen de los sicarios* como extensión de la narrativa de la transculturación. *Espéculo - Revista de estudios literarios*, n. 24, 2003.

ROSETO, E. **Los ejércitos.** Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2014.

VALLEJO, C. **Erotismo, memoria y violencia en la novela *Los ejércitos* de Evelio Rosero.** Dissertação (Mestrado) – Université Laval, Quebec, 2011.

**LOS EJÉRCITOS OF EVELIO ROSERO, NOVEL OF AWARENESS AND TRIBUTE
TO THE VICTIMS OF THE WAR IN THE FACE OF A PEACE PROCESS IN
COLOMBIA**

Abstract

Los ejércitos, by Evelio Rosero, exposes the situation of thousands of Colombians, who, for more than 50 years have endured the horrors of a political war. This, from circumscribing in a specific context, covered other spheres of national life, including civilians, who ended up being vassals, victims of a disproportionate and heartless conflict. Through the life of Ismael and Otilia, within the figurative but very real town of San José, Evelio Rosero invites us to witness the Colombian war. It recreates the unfulfilled hopes of these two older, who, together with their neighbors and friends, amid the daily comings and goings, suffer the consequences of the armed confrontations. These situations, very well represented in each of the scenes that are woven in the novel, are proof of a need to remember and honor all those who were, both in the novel and in real life. Through an uprising of the recent history of Colombia, conjugated with some scenes of the novel, I invite the reader to think about an issue that politically divides a country: peace agreements with armed groups.

Keywords

Colombia. *Los ejércitos*. Otilia and Ismael. San Jose City. Violence.

Recebido em: 04/05/2018
Aprovado em: 07/02/2019